

CUENTO

UN VIERNES, EN LA ZONA ROSA

Por Rocío Valencia Pulido

Como siempre Candy habla sin parar, tu le escuchas y dices por tercera y cuarta vez: sí claro, el hijo de su chingada madre. Ella prosigue, indignada, con el resentimiento de siete años de casada, y aunque sientes sus problemas ajenos a ti, oyes como un eco la voz de tu hermana mayor: "Sí, al principio yo también decía que nunca me divorciaría de Ernesto, y ahora ya no lo soporto, ya no lo aguanto más". Al principio, al principio, sientes que tú estás al principio, y temes llegar a los siete años de casada.

Candy con los ojos fijos en sus problemas íntimos, mira hacia el frente el pesado tráfico, y dice en voz baja, con su voz grave: tiene una semana de estar llegando a las cuatro o cinco de la mañana, pero ni siquiera una vez le he preguntado dónde ha estado. Te sientes levemente harta de sus quejas, ya que después de todo no te identificas con ella, y preguntas con tu voz suave: Bueno Candy ¿por qué no te divorcias? Guarda silencio sorprendida, su boca, pintada con un rosa nacarado para hacerla más pequeña dice: me da hueva, imagínate, tener que ir dos o tres veces por semana a los juzgados, pelear la patria potestad de Jorgito, porque eso sí, tengo la seguridad de que mis suegros con la de dinero que tienen, harían todo lo posible por quitarme al niño, alegarían cualquier cosa en contra mía. Te acomodas en el asiento, vuelves el rostro hacia ella buscándole la mirada en un gesto de complicidad, se miran un segundo, primero gravemente, después, reprimiendo una sonrisa. Candy suspira y dice aferrándose al volante: me aterroriza que puedan probarme algo.

—Mira a estos idiotas de aquí al lado, Paty, ya ligaste. Ríes.. Los del coche del carril lateral miran tus dientes, sientes sus miradas y en un acto mecánico humedeces lentamente tus labios con la lengua. —Es a tí, Candy.. —Eso es lo que me pregunto Paty, que chingados te ven a tí, yo soy más alta, tengo mejor cuerpo que tú, ando mejor vestida, tengo más personalidad, y sin embargo, todos los hombres que conocemos se enamoran de tí. Ríes. —No Candy, no es verdad, y además yo no voy a interesarme en nadie, tú sabes

que sólo quiero a mi hija. —Tienes razón Paty, sólo hay que preocuparse por los hijos. . .

Candy no continúa, baja rápidamente el cristal de su ventanilla y comienza a gritarle insultos a la mujer que conduce el auto delantero, oprime una y otra vez el claxon, tratando al mismo tiempo de darle alcance; la mujer voltea con el rostro tenso, tratando de buscar insultos para contestar a Candy, que dice uno tras otro sin que lleguen a agotársele nunca. Cuando la mujer queda justo frente de tí, Candy ha callado, la mujer va a decir algo, pero queda mirando fijamente tu rostro, abre la boca y tu sonríes y le dices sin gritarle: lesbiana. La boca de la mujer sólo deja escapar un sonido y Candy ríe escandalosamente — ¡vieja pendeja! —dice ella, siempre que uno les dice lesbianas se quedan mudas. Candy acelera abriendo el escape. Y tú le dices: creo que en aquella esquina está Coco.

Coco les hace un saludo con la mano y Candy le contesta sonando el claxon, tú examinas atentamente la ropa de Coco y desechas rápidamente tu impresión de que es sólo una putita simpática, miras su ajustado pantalón de terciopelo, su pequeña camiseta de amplio escote y vuelves a sonreír, en realidad te agrada su manera de vestir, su forma de ser, bromeando siempre, hallando en todo, motivos que puedan hacer reír a la gente que está alrededor de ella. Tú en cambio, nunca podrías ser el payaso de una fiesta, y sin embargo, sonríes siempre, pero es un acto mecánico, aprendido desde niña, cuando tu padre te dijo que tenías los dientes más perfectos y hermosos del mundo y que debías sonreír para que la gente los viera; ¿recuerdas?

Coco entra rápidamente, si tardan más, no me encuentran, por otro y empiezo con un idiota que me decía: ándale mamacita, te doy seiscientos, se notaba que no era de aquí el muy pendejo. Candy ríe, y mientras su risa llena el interior del coche, tu mente repite: . . . se notaba que no era de aquí. . . se notaba que no era de aquí, sientes cómo tu estómago se contrae involuntariamente al recordarle, a él y su marcado acento que tiene al hablar. Pero recuerdas también tu decisión de darle el mínimo lugar en tu vida y le preguntas a Coco, ¿Qué pasó manita, arreglaste lo de tu hipoteca en el banco? Sí mana, y vieras cómo me gusta ir todas las mañanas a dejarle mis documentos al abogado, siempre cuando llego al banco, luego luego lo veo, parece que lo estuviera viendo, esperándome y güerito, como me gustan ¿sabes qué me dijo ayer? que tenía un hermano que era arquitecto, que si yo quería, le decía y él me podía ayudar en la construcción de mi casa. Pero, ¿sabes qué fue lo más suave? ahora en la mañana que me dice que si podíamos salir juntos el sábado. Tú sonríes, preguntas con tu voz débil: Y tú ¿qué le contestaste? Pues qué le podía yo decir, que los fines de semana mi esposo y yo y mis hijos los pasábamos juntos. Candy deja escapar su risa estridente, que nunca te ha gustado, que incluso te molesta y dirigiéndose a Coco pregunta ¿Y nunca piensas salir con él? —A lo mejor, manita, a lo mejor, pero con este la voy a llevar con mucho cuidado, porque me gusta en serio. —Invítalo aquí, a la Zona —dice Candy— ¿Aquí? no estoy loca, de esto ni madres.

Las interrumpes, casi gritas, has visto el hotel Holiday Inn, y te ha parecido formidable ¿por qué no dejar ahí el coche? Aquí Candy, por favor, deja el coche en el Holiday, ¿sí Candy?—Bueno— dice Candy sin darle importancia al frenazo del coche de atrás girando rápidamente el volante para entrar al estacionamiento. Sientes los brazos de Coco alrededor de los hombros y oyes su voz junto a tu oreja que pregunta ¿Oyes mana, por qué siempre hablas como una niña? pareces una chamaquita. —No, dice Candy bajando del

auto—, no tiene la voz de niña. No, pero la tiene muy rara, siempre cuando me habla por teléfono no sé si me está hablando mi hijo o ella.

Candy da las placas al encargado del estacionamiento, le da las llaves, recibe el talón y al guardarlo en su bolsa dice: Cuando yo la conocí ¿nunca te conté? Estábamos las dos esperando a Agustín, y de repente que se voltea y me dijo, como si me estuviera diciendo un secreto, ¿oye, no me das un dulce?, que agarra y saco de mi bolsa uno que me había dado Jorgito en la mañana, pues lo cogió, lo desenvolvió y ¡zas! que se lo mete a la boca. Te juro que creí que estaba loca o haciéndose la payasa o no sé qué, si tu la hubieras visto, todo lo hizo como una niñita de tres años. Coco te abraza formando un aro con sus brazos y te pregunta, acercando tu rostro al tuyo, ¿Oyes mana, y ya derecho, acá entre nos, cuántos años tienes? Veintidós, Coco, deveras, no estoy diciendo mentiras. —Bueno ya, corta Candy, mejor pónganse listas, a ver si pescamos algo bueno esta noche.

Respiras, en realidad no te agrada que te digan que pareces una niña, todas las personas que conoces tarde o temprano terminan diciéndotelo, y siguiendo tu costumbre de borrar instantáneamente todo lo desagradable, te apretujas contra Candy y contra Coco y tus ojos procuran fijarse en cada una de las tiendas y cafés que pasan a tu lado, como rozándote, pegándose a tu piel; tratas de leer incluso, los nombres de las calles: Niza, Havre, Florencia, Liverpool; después de caminar varias calles, se detienen en una plazuela, donde un hombre improvisa pantomimas, empujando con los codos a la gente se colocan hasta el frente. Miras fascinada el rostro blanco, que se vuelve hacia ustedes y se dirige precisamente a tí, tu sonríes, él hace parodias de tu modo de sentarte, finge que te quita el rostro como si fuera una máscara y comienza a portarse como una ridícula señorita, la gente ríe, y te mira, de pronto él se enfada y con un gesto de su mano te regresa tu rostro, entonces su pantomima expresa algo de irse los dos a la cama, la gente ríe y aplaude y él hace una ondulante mímica de cómo te haría el amor, es entonces cuando sus labios se contraen y en una amplia sonrisa, saca la lengua como si lamiera algo, tu te fijas por primera vez que sus labios están pintandos de un carmín intensamente rojo, intencionalmente él deja escapar un hilo de saliva que escurre lentamente por una de las comisuras, que al revolverse con el carmín, dá la impresión de ser un hilo de sangre; y sientes, no puedes evitarlo, que tu rostro pierde su sonrisa, que has palidecido, que te duele el estremecimiento entre las piernas.

Coco se da cuenta de tu incomodidad, tú te desesperas por el temor de que ella pueda adivinar lo que realmente te pasa y palideces aún más, ella te rodea con sus brazos y oyes muy lejos la voz de Candy —vete a la verga pinche payaso—. La gente las mira, se ríen, un grupo de muchachos con los ojos vidriosos dicen calmadamente: han de ser novias.

¿Te asustaste manita? —pregunta Coco, levantando tu rostro— ¿quieres un refresco? Sientes que Candy se ha impacientado, está enojada contigo porque quizá quería seguir caminando. Por fin su voz áspera dice: Vamos a meternos al Denny's ¿no Paty?, así te calmas y a lo mejor y allí agarramos algo bueno; yo no sé por qué te pones así por un payaso. No es un payaso —dice Candy—, es un mimo; le ha de haber dado verguenza ¿te dio pena Paty, que te haya hecho esas señas delante de la gente? Asientes suavemente con la cabeza. Te digo —dice Candy— ésta parece un bebé. Tus ojos claros se fijan en Candy, algo te duele adentro del pecho, recuerdas casi como lo vivie-

ras por primera vez, aquel disgusto con Fernando, cuando te dijo que le daba la impresión de que en vez de tener una esposa y una hija, tenía dos bebés porque tu no sabías hacerte cargo de las responsabilidades de la casa, que no sabías administrar el dinero, que te daba su sueldo íntegro y a la semana ya te lo habías acabado, y cómo al final de la discusión te tomó en sus brazos y te dijo: Te quiero, aunque seas una niña, y a tí te desagradaron sus palabras, y pensaste que sólo había una persona que tenía derecho a considerarte una niña, después de tu padre muerto: él.

Mira nada más, qué ojos tan bonitos, te interrumpe un muchacho alto, vestido con pantalones de mezclilla, Candy incómoda de que se fijen primero en tí, te toma de la mano y tira de tí siguiendo al mesero que les ha conseguido una mesa en el fondo del restorán, el olor a cigarro y perfume te envuelve rápidamente, oyes cómo los pasos de Coco, que viene tras de tí, se confunden con el chirrear del aceite hirviendo al recibir la carne húmeda; sientes cómo los ojos de toda la gente que está sentada se pierden en tu rostro, en tus ojos claros, en tu nariz, en tu boca, en tu abundante cabello oscuro.

¡Ay! al fin solas —dice Coco al dejarse caer pesadamente en el sillón—. Ni tan solas —responde Candy— allí se quedaron esos tres, continúa mientras sonríe ampliamente mirando hacia la puerta del restorán, y, mira Coco, están volteando para acá, lástima porque se ve que van a tardar en entrar, mira, mira, están bien chulitos —dice Candy sobándose las manos—, y tu te ríes de su gesto cursi, de sus palabras. La mesera trae las tres cartas y ustedes eligen rápidamente refrescos y pastel.

Tenía ganas de ir al D'Angelus ahora —dice Coco—. ¿En viernes? —grita Candy— no chulita, está llenísimo, además no podemos ni platicar con todo el ruidero de los pinches cantantes, yo donde tenía ganas de ir es a que nos leyeran las cartas, aquí en la otra calle, me gustó cómo nos las leyeron la otra vez. Estuvimos cuatro horas platicando, Candy, casi nos corren. Pero me dijeron la verdad Coco, que mi esposo se iba a fijar en otra. ¿En serio anda con otra? Sí Coco y ya me quitó todas las tarjetas de crédito y el gasto, olvídате, tiene como dos quincenas que no me da un quinto, pero fíjate cómo es de mula: estuvimos tres semanas sin hablarnos, pero lo que se dice sin dirigirnos una sola palabra, y ayer, que fuimos al cine con el niño y que le estuve hablando y todo por el niño, el muy idiota creyó que ya estaba yo contenta y en la noche ya quería, te juro que me lo agarré a patadas; ya no veo la hora de divorciarme de él.

La que te oye —se queja Coco— yo de plano ya nada más estoy esperando tener terminada mi casa, para decirle, ora sí mi hijito, para afuera, te me largas derecho a la chingada. Parece un puerco —dice Coco— nomás comer y dormir, te apuesto lo que quieras que se ha de sentir muy afortunado con una esposa que se está friegue y friegue en la casa con los mocosos y aparte está trabajando para hacerle su casa, y él feliz como una muchacha, a lo mejor es marica y ni él mismo lo sabe. Ríes, es absurdo, pero a tí te parece sumamente gracioso que se pueda odiar tanto a una persona y que sin embargo, sigan juntas.

¿A mí, sabes qué es lo que me choca? —dice Candy— llegar bien cansada de la mugre oficina y tener que llegar a hacer el quehacer, no quiero ni llegar, vaya, de veras que estoy super arrepentida de haberme casado. Y de lo que más me arrepiento —dice Candy, encendiendo un cigarrillo— es de haber

tenido hijos, ya no puedo hacer ni decidir nada, porque tengo que pensar en Jorgito, por eso mejor, aunque me las ví duras para juntar los treinta mil, cuando supe que estaba esperando al otro, mejor fui con el doctor Andrade.

Callan, la mesera llega con la charola de acero inoxidable y tú te aferras a la Coca, miras la hora en tu reloj, y no puedes dejar de sentirte impaciente, observas cuidadosamente a los muchachos que están en la caja esperando mesa, y tratas de elegir al que más te agrada, al que más se le parezca a él; tal como lo has hecho las últimas tres semanas. Pero piensas que el plazo aún no termina, que aún te queda media hora de esperanza. Media hora. Media hora. Oyes tu voz susurrante preguntarle a Coco ¿y tu marido Coco, no anda con otra? —Coco se atraganta con el pastel—, no hombre, si te digo que es puto, con trabajos y me satisface a mí, ya parece que va a andar con otra. Fíjate que eso es lo que más me choca de mi marido, yo nunca, nunca, tengo ganas, desde que nos casamos no lo he besado, con eso te digo todo, pero eso sí, cuando me empieza a estar jalando y me dan ganas, no me satisface, yo quiero más y él con una vez ya tiene.

Oye se me había olvidado —corta Candy—, habló tu hermana Mariana, que te avisara que el sábado la piden ¿en serio se casa? Sí tu crees, la muy pendeja —dice Coco con la boca llena de pastel— me muero de risa cuando los veo en la puerta agarraditos de la mano haciéndose la consabida confianza de la infancia, ya los quiero ver dentro de tres años, no hombre, dentro de un año. ¿Cómo sabes? —dice Candy sonriendo— a lo mejor tiene la suerte de Paty. ¿De veras no tienes problemas Paty? —dice Coco acercándose a tí— a ver, cuéntame, cuéntame, tienes cuatro de casada ¿no? y apoco todavía lo quieres. Sonríes, sonríes. Oyes tu voz suave decir: Claro que tengo problemas, un chorro, pero mi marido sí me comprende, le gusta que trabaje, que me arregle, y mira en eso del sexo, pues a mí tampoco me dan muchas ganas, pero cuando me toca, poco a poco me van dando ganas y me gusta. Yo no pienso divorciarme nunca, nada más quiero tener mis aventuras fuera, pero mi marido siempre estará primero. Candy ríe, Coco acerca su rostro al tuyo y arqueando las cejas dice: así, igualito, debería de pensar mi marido.

¿Nos dejan sentarnos con ustedes? —los tres muchachos están parados frente a la mesa, con sus pantalones de mezclilla y sus camisas chamise lacoste, jóvenes altos oliendo a loción, Candy se pega a tí haciéndoles lugar, y dice: claro que sí. Tu ladeas tu cabeza y la miras, sonríes, te recuerda a la serpiente pitón Kaa de la película el Libro de la Selva, de Disney.

Cuentas mentalmente, inconscientemente los minutos de la media hora, tal y como lo has hecho las tres últimas semanas, ahora tienes esperanzas, quizá estés rogando porque no muera, mientras tus oídos escuchan la conversación. Y tu preguntas si está sucediendo realmente, o si sólo estás recordando alguno de los otros viernes que has vivido ahí, en la Zona Rosa, con Candy y con Coco. Sus viernes, sus recuerdos.

¡Mírala!, se hace la que no oye, sí es vanidosa, tu voz se escapa, dices ¿qué? ¿qué cosa?. Juan te está diciendo que eres muy bonita —dice Candy— y te das cuenta por el tono de su voz y su mirada, que Juan es el chico que ella ha elegido. ¡Ah! no le había oído —dice tu susurro—. De veras oye, tienes un rostro precioso, sin ofender a tus amigas. Y los ojos de Juan se pierden en los tuyos, y al sonreír, sabes que él ya ni siquiera mirará a Candy. Sin embargo, vuelves a perderte, no escuchas ya sus comentarios acerca de tu be-

SEGUNDO LUGAR

VIÑETA

Yolanda Nora Pérez Tejeda



lleza, te estorba solamente, que no puedas pasear libremente tu mirada porque chocas con los ojos de los muchachos que te miran, sus bocas se mueven algo dicen, sientes cómo el aire que te rodea se confunde con la envidia y el resentimiento de tus amigas.

Y más importante aún sientes el reloj en tu mano, como si latiera por sí mismo, como si él también esperara. Y justo cuando casi has olvidado lo que esperas, cuando casi oyes que tu cuerpo empieza a decirte que no aguantará una semana más, ocurre, vuelves el rostro y ves el sombrero tejano en la entrada, miras, miras su rostro, su piel blanca, su perfil perfecto, su bigote.

Tomas nerviosamente tu bolsa y miras a Candy, ella alza los ojos y dice profundamente aliviada: ¡Córrele!, ahí está tu tío. Juan se levanta y dice: ¿Por qué te vas, te regañan o qué, si quieres yo hablo con el señor? No, no, de veras no. Ya me voy ¿me dejas pasar? ¿Déjame sí? ¿Me das tu teléfono? Sí, claro, pídeselo a ella. Sales, con prisa, con una gran alegría y te sientes cursi, tu y tu gran amor, como cualquier personaje de melodrama barato.

El sonrío, sonrío suavemente y te abraza, te va guiando rápidamente por las calles hasta su coche, vas en silencio, gozando lo más que puedes la tibieza y la cercanía de su cuerpo, cuando llegan ante el coche, él abre la puerta, y ya que está ante el volante, pone el seguro automático y te pregunta: ¿No tienes calor? Sí. El baja desde su asiento el cristal de tu ventana y sonrías, es algo inevitable, en cuanto oyes su manera de hablar te ríes. El aprieta tu mano al ir manejando y pregunta como siempre que llega desde que le conoces: ¿Cómo le ha ido, qué hay de nuevo? Nada. ¿Por qué nunca me cuenta nada, o qué, no quiere contarme? No, no es eso, lo que pasa es que siempre hago lo mismo, ir a la casa, al trabajo y venir los viernes aquí con las muchachas a divertirnos, sólo que ahora no me alcanzó el dinero para que fuéramos al Biblos a bailar. . . Y por qué no me pidió dinero la última vez que nos vimos. Callas, te molesta, tu rostro ha perdido su sonrisa, por qué tiene que ofrecerte dinero, por qué tiene que hacerte preguntas, para tí sólo hay una persona a la que puedes hablarle sin parar de tí misma: tu marido. Fuera de él nadie tiene por qué enterarse absolutamente de nada; creíste que aún sin haber hablado nada al respecto habían llegado al convenio de que nada se preguntarían, nada se dirían, todo sería como un recreo físico, recibir el placer, el dolor sin una palabra. Pero no, él insiste, insiste en preguntarte cosas cada vez que regresa, en darte números telefónicos donde puedes localizarle, tarjetas que tú siempre tiras, números que nunca aprendes.

Después de recorrer algunas calles en silencio, llegan al edificio de departamentos, el portero abre, procurando ser cortés, tú nunca has visto sus ojos. El elevador se abre sin que sus puertas hagan el menor ruido y sin el menor ruido se detiene también en el segundo piso, salen y él saca sus llaves para abrir el departamento 209, el silencio se abre para dejarte pasar y recuerdas el bullicio que te recibe siempre que llegas a la casa de tu madre. Sonrías, piensas en lo felices que se habrán quedado las muchachas sin tí, y casi escuchas sus voces que mañana en el trabajo te reprocharán el haberlas dejado por ese hombre tan viejo. ¿Viejo, cincuenta y nueve años, es ser viejo? Te gusta pensar que él tenía treinta siete años cuando tu naciste, cuando eras un bebé.

Te agrada que él empiece a hablar y te arrebatara de tus recuerdos. Acabo de llegar del rancho, ni siquiera he venido para acá, ya tenía ganas de verla, de volverla a abrazar. ¿Me has extrañado? ¿Tenías ganas de verme? Tu son-

rías, y sientes y ves sus suaves movimientos, como si vieras una película, cómo si fuera a otra a la que abrazan, a la que besan, a la que muerden, acarician y le dicen frases. El te carga y te lleva suavemente a la recámara. Te acuesta despacio encima de la cubre cama de color blanco, tu nunca pensaste que aquella vez que te preguntó cuál era tu color favorito, sería para decorar todo el departamento de ese color, empieza a quitarte una por una tus prendas de vestir, él besa las partes de tu cuerpo que van quedando desnudas, y te mira, sientes sus labios besarte una y otra vez el cuello, su bigote y sus labios murmuran detrás de tu oreja, lo mucho que te goza, su lengua se pierde en el interior de tus oídos, oyes su respiración agitarse y te aprietas contra él, contra su cuerpo duro y firme, él te aprieta y se tiende sobre tí, todo el deseo de estas últimas tres semanas se te amontona en el vientre; estás completamente desnuda, él te toma de la mano y apretándose a tu espalda, te conduce hacia el baño, en el pasillo antes de entrar, besa suavemente tus dedos. El entra primero y enciende las luces, sientes tus manos heladas, pero no tienes frío y sí en cambio, un eco de miedo que se mueve bajo tu piel, te sienta en un banco forrado de peluche blanco, y ya has terminado de contar los once focos, cuando él llena la tina de agua tibia y vacía en ella el contenido de uno de los frascos que se alinean en las repizas de cristal, es inútil que trates de leer las marcas, todo está en inglés. El se vuelve, así, mirándote fijamente, el eco vuelve a palpitar bajo tu piel, te sonrío, te pide que le quites la ropa, lo haces, abrazándolo, besándolo, frotan sus cuerpos uno contra otro, lentamente, firmemente; sientes el agua tibia que se pega a tí, que se mete entre tus piernas y a través de las burbujas ves su rostro, sus manos levantan tus piernas y él muerde tus rodillas. Sientes todo el peso de su cuerpo sobre tí, te besa, su respiración se agita, muerde tus labios, una de sus manos, que antes apretaba tu espalda, se desliza a tu nuca y la acaricia, revuelve tus cabellos y tira fuertemente de ellos hacia abajo, tu cabeza se hunde completamente bajo el agua, el placer que habías sentido cuando te penetró se mezcla con la desesperación de respirar, abres la boca y las burbujas entran lamiendo tu lengua con su sabor a perfume, el placer revienta entre tus piernas y recuerdas, recuerdas antes de perder el conocimiento. . . aquella primera vez. . .

. . . Recuerdas que era la tercera vez que lo veías, la segunda vez que te había poseído, te había gustado, le disfrutabas, y sentada en el borde la cama, esperabas que te pusiera el suéter, después de haberte puesto él mismo tu bikini, tus medias, tu vestido, de abrocharte los zapatos, y de haberte peinado, muy suavemente, sin jalarte. Te habías puesto de pie esperando a que él terminara de peinarse, cuando él miro hacia el suelo y vió una toalla que él mismo había dejado caer sin darse cuenta, sin darle importancia, te dijo: Levanta la toalla y llévala al baño. Casi le obedeciste, pero al tenerla entre tus manos, sonreíste, sentiste no sé qué rebeldía y volviste a arrojarla en el piso, él te miró, te dijo: ponla en el baño, lo miraste, te reíste, se acercó; te estoy diciendo que la llesves al baño, vuelves a reír, muerdes en un acto sumamente infantil, tus uñas; la vas a levantar ahora mismo. Ríes, ríes abiertamente, por un momento sientes miedo, él toma una de tus muñecas y apretándola con fuerza, te empuja sobre la cama, al caer en ella giras con rapidez y brincas al otro lado. Frente a frente, con la cama entre los dos él todavía dice: Vas a obedecerme, nena, niña caprichosa. Y trata de darte alcance, pones una pierna en la cama tratando de cruzarla rápidamente para evitar que te dé alcance, es entonces cuando él se deja caer con fuerza sobre de tí, te duele, te duele mucho, forcejeas, gritas, él te pone sobre sus rodillas y comienza a pegarte una y otra vez, tu piel arde bajo tu vestido, gritas, pero él no parece escucharte, le has dicho que pondrás la toalla en su lugar, pero él no escucha, te pega, te pega; por fin, cuando ya no te mueves, te obliga a ponerte de pie jalán-

dote por un brazo, te lleva hacia la toalla, tú la levantas, él te empuja con fuerza hacia el baño, te golpeas contra la puerta, oyes el ruido seco que produjo tu mejilla al dar contra la puerta, ves tus manos cómo tiemblan al colocar la toalla, miras tus lágrimas correr en tus mejillas, regresas y él te toma rápidamente entre sus brazos, sientes, sientes su respiración que todavía está agitada, agitarse aún más, y empieza a quitarte una vez más prenda por prenda, toda tu ropa hasta sentirte totalmente desnuda, completamente pegada, adherida a él, se agita, se agita aún más, muerde tus hombros, tu pecho, tu espalda; sientes cómo lentamente su sexo entra en tí, y el estremecimiento comienza a aparecer adentro, al final, de pronto se arrodilla y comienza a jalar tu pelo, primero suavemente, después con firmeza, obligándote a levantar el mentón, su mano enorme acaricia tu rostro, lo recorre como un ciego, te dá una suave palmadita, sientes tus labios entre los suyos, que se mueven hacia tu pecho; ves su mano cuando ya te ha abofeteado, una formidable bofetada, descargando todo el peso de su cuerpo, gritas, el espasmo llega, llega, vuelves a gritar. . .

. . . Y tu grito de ayer se mezcla con el de hoy, has despertado cuando sientes un dolor punzante en el interior de la rodilla derecha, sientes que de ese dolor brota una cálida humedad, tratas de incorporarte, pero él te lo impide abrazándote firmemente, te besa, vuelves a sentir que todo se nubla a tu alrededor, tienes frío, te sientes mojada, pero no vuelves a desmayarte, porque un nuevo dolor se prende a tu muslo izquierdo, te mueves, él te abraza con más fuerza, te besa, te besa mucho, sus dedos se mezclan en tu piel, hundiéndose en tu dolor, sus labios succionan la cálida humedad, te posee, y sientes con tus ojos cerrados que algo se clava en tus brazos; escuchas entonces la voz de tu esposo que habrá de preguntarte, asombrado: con que te has herido; recordarás también el orgasmo que ahora tienes y tu voz dirá: me rasuré, me molesta tener vello y como no sé hacerlo, me he lastimado.

Ahora tratas de concentrarte en el molesto dolor físico, para no hacer caso del otro, del otro dolor por no saber cuándo le volverás a ver de nuevo, quedándote solamente con los recuerdos, con lo que sabes de él, que nació en Durango, que es rico, y te sientes tranquila al saber que nunca le darás nada, sólo esto. Tratas de no moverte, sin embargo, quisieras gritar ante el roce de la ropa, que él ahora te pone cuidadosamente, contra tus heridas; mientras te peina con su secadora de pelo te mira con ternura y te besa, toma del pequeño mueble, la pintura de labios que es del mismo color y de la misma marca que la que tú llevas en el bolso y que él ha comprado especialmente para tí, como todos los objetos que llenan la pequeña casa, te pone un poco de rubor en la mejilla. Hincado frente a tí dice: Nenita, no quería enamorarme de tí, y ya estoy enamorado. Te irritas. ¿Me llevas al café?, ahí están mis amigas esperándome. ¿Y por qué, mejor no te llevo yo mismo a tu casa? No, me buscarías una dificultad con mi madre. ¿Y tu papá, no se enoja? Te levantas, te molesta, como es habitual que hablen de tu padre.

Vamos, llévame al café, ya es tarde. Y tratas de pensar una mentira perfectamente lógica para justificar tu llegada a esta hora de la noche, ante tu marido, ¿qué le dirás?, ¿qué irás a decirle? Toma, háblame por teléfono. Tomas la tarjeta, te pierdes a través de la puerta del restorán, las muchachas ya están allí.

Al pasar por el bote de la basura, tiras la tarjeta, miras el suelo, Coco se levanta y dice: Manita, qué crees, creo que ahora sí me he enamorado de verdad, estuvimos Mario y yo platicando horas, y somos tan parecidos, fíjate

que me lo hizo tan rico. . . Los brazos de Coco te rodean, te lastiman, sientes otra vez la humedad en tu piel, que ahora no es placentera y gimes, Coco se interrumpe, se queda inmóvil, mira a Candy, ésta niega con la cabeza. Las tres se levantan, salen del café, oyes sus pasos al caminar, entre el bullicio de la Zona Rosa, sus voces vuelven otra vez a quejarse, suben al pequeño auto, y por las ventanillas de los otros coches, ves caras que se asoman y te hacen gestos invitadores, y sin embargo, no miras, no escuchas, casi cuando vas a bajarte, oyes a Coco decir: ahora sí puedo manita, desperdiciar mi vida y mi juventud, haciendo el papelito de ama de casa, junté ahora muchas fuerzas. Candy ríe, empieza a hablar de Juan, bajas del coche, te da la impresión de que le sonreíste a Candy, Coco te besa en la mejilla, una humedad que te da asco.

Sientes delicioso el aire frío de la Alameda, los árboles silban, te detienes, los árboles te dan miedo en la noche, inmóvil oyes la voz de tu padre, como si no hubiera muerto, que te susurra en el oído: nunca tengas miedo, yo siempre estaré a tu lado. Su voz se repite como un eco, entras al metro, el calor te molesta la piel, te arde, te duele, como un eco también recuerdas, lo recuerdas a él cuando termina, cuando sientes su orgasmo y oyes tu voz débil, jadeante, decirle: papito, papito; casi vuelves a sentir otra vez que te aprieta fuerte, que te duele, su voz te murmura: hija, hijita, mi hija. Pero no, es la gente del metro, que se acerca y te vuelve a doler una vez más la piel.

